



Según Amnesty International, hay por lo menos ocho mil personas detenidas en Chile, sin contar los 800 desaparecidos y los arrestos domiciliarios. En la foto, una de las múltiples manifestaciones organizadas en el mundo contra la Junta fascista.

nes inconstitucionales (2) reconocidas por la Junta Militar a los monopolios norteamericanos (ITT, Anaconda, Kennecott y Cerro Corporation) sobrepasa los 500 millones de dólares. La ITT —que, como todo el mundo sabe, hizo méritos especiales— recibirá el pago en seis años; las otras compañías, en un máximo de nueve.

Una política económica de este tipo no se puede imponer —menos en Chile, que conoció tres años de un Gobierno popular, antimonopolista, defensor de los recursos nacionales— sin una represión infatigable y en gran escala.

No es cuestión de volver sobre aspectos más que conocidos de la brutalidad con que esa represión se ejerció desde el 11 de septiembre de 1973. Es cuestión de recoger los datos más recientes y demostrar que el terror, la tortura, la sistemática violación de los derechos humanos continúan (más aún: se incrementan) y comprender que esos métodos de gobierno son una contracara objetivamente necesaria de la política antipopular, promonopolista, seguida por la Junta Militar.

El Gobierno chileno reconoció, en declaraciones del 18 de marzo, que 5.154 personas están detenidas en prisiones y campos de concentración. De ellas 3.737 serán conducidas ante la justicia civil. Según los militares, el total de detenciones desde el golpe de Estado alcanza el número de 41.759.

Sobre estas cifras cada cual es

(2) Los militares chilenos incurrirán en exequites jurídicas que quedarán como verdaderos records en la historia del derecho: El artículo 1.º del Decreto-Ley número 788, emitido por la Junta, establece: «Todo Decreto de la Junta de Gobierno que se contraponga o sea distinto en todo o en parte de su contenido a la Constitución Política del Estado, se entenderá como una modificación de ésta».

dueño de agregar el porcentaje que crea conveniente según el grado de desconfianza que le merezcan los datos oficiales chilenos. Por lo pronto, Ammesty International denuncia este mes que «por lo menos son ocho mil las personas detenidas, sin contar los 800 desaparecidos, las numerosas personas con arresto domiciliario y los condenados al exilio interior (transferidos a poblaciones alejadas)».

La misma fuente señala que «desde el comienzo del año 1975, la represión ha tomado nueva fuerza: tres operaciones rastrillo en los barrios populares sólo durante el mes de enero, consejos de guerra varias veces por semana, apertura de un nuevo campo de concentración en Las Colinas, mil doscientas detenciones durante el primer fin de semana de marzo».

Cuando una persona es detenida, antes de ser públicamente reconocida como prisionera por la Junta, pasa un largo período: el necesario para que sea interrogada bajo tortura. La mayor parte de estos procedimientos los cumple la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), creada por la Junta y directamente dependiente de ella.

Las torturas se aplican generalmente en casas particulares clandestinas, adonde los prisioneros son conducidos con los ojos vendados. La más conocida de estas casas se encuentra en la calle Londres, en Santiago, donde un testigo ocular afirma que se llegó a incinerar el cadáver de un prisionero muerto en la tortura.

Como esas casas terminan por ser conocidas, la DINA debe cambiar continuamente de locales. Para apagar los gritos de los torturados se hace funcionar música a alto volumen las veinticuatro horas del día. De ahí el nombre de «discotecas» con que se conocen actualmente las casas de tortura de la DINA.

Una de ellas funciona actualmente en la esquina de las calles José Domingo Cañas y José Miguel Infante, en Santiago.

La aplicación de drogas al prisionero —entre otras, el pentotal— se ha hecho habitual. Según versiones, los torturadores han vuelto toxicómanos a algunos prisioneros inyectándoles regularmente drogas fuertes. Conseguido esto, lo dejan en libertad para que reporte informaciones de la resistencia a cam-

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

La visita del Presidente Ford

● Siempre hay razones para recibir bien en España a un presidente de los Estados Unidos. Representa una nación en la que algunos vemos mucho más que una gran potencia armada y que una gran potencia de dinero. Vemos en ella una gran tradición de moral y ética que produjo monumentos en la ideología de la libertad y la democracia, como la declaración de independencia del 4 de julio de 1776 —doce años antes de la revolución francesa— y la Constitución de 1787 o la venerada proclama de Lincoln en Gettysburg, 1863, con la famosa frase definitoria del gobierno «of the people, by the people, for the people». Una gran tradición de moral y ética que sigue viviendo y existiendo en grandes grupos de los Estados Unidos, y que todavía fortalece sus instituciones, hasta el punto de que el Congreso, la prensa, la opinión y el poder judicial hayan podido desmontar, recientemente, a un presidente felón; en su pueblo que ha tenido una gran participación en la liberación del Viet-

bio de la dosis de drogas, que se le ha vuelto imprescindible.

Entre las sevicias sexuales que se aplican a los prisioneros, en grupo y en familia, Amnesty International denuncia «la utilización de perros. Así, en la "discoteca" de Cañas e Infante, un perro llamado "Volodia" por los militares, es utilizado no solamente para aterrizar y morder a los detenidos, sino también para hacerlo tener relaciones sexuales con los prisioneros».

Hay más datos, no menos horripilantes del sadismo de estos «salvadores de Chile»: a una mujer, militante socialista, violada en numerosas ocasiones delante de sus hijos de tres y cinco años por los agentes de la DINA, se le marco a fuego en el muslo una hoz y un martillo. Esas marcas fueron vistas por varios abogados chilenos y extranjeros y aun por magistrados de la Corte Suprema.

Este es el Gobierno que en estos días gestiona en París la renegociación de la deuda interna con el declarado propósito de mejorar la economía y el nivel de existencia de los chilenos. Parece oportuno que la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT), a través de su Comisión Exterior, denuncie en Francia: «Los trabajadores y el pueblo de Chile hacen presente, una vez más, que la Junta no cambiará su política. Su gestión corresponde a los intereses de las empresas multinacionales y de los monopolios nacionales, quienes constituyen su apoyo fundamental. Nuevas concesiones sólo tendrán por consecuencia prolongar la actual situación económica, social y política de nuestro país». ■ FERNANDO ROJO.

nam o que se conmueve continuamente por la igualdad de derechos a los negros. Y una cultura y una forma de civilización científicas y técnicas que irradian con verdadera fuerza y marcan esta época. Nadie que lo haya vivido olvidará el tiempo del desembarco de las fuerzas americanas en Italia y en Normandía para mantener en Europa unas formas de libertad. Aunque esta imagen se haya empañado después o se haya despedazado. Un presidente de los Estados Unidos, sea como sea, sea quien sea, representa también a esos Estados Unidos y sus enormes contradicciones.

Este compendio de una historia moral no impide serias preocupaciones en este preciso momento de la visita de Gerald Ford y de Kissinger a España, dentro de un viaje global a Europa donde llega no presentando aquella imagen moral y afectiva a la que todos somos leales, sino una forma imperial en la que han venido a dar sus poderes económicos y armados. Los Estados Unidos están atravesando una

crisis imperial y una crisis moral desde hace varios años, y precisamente en este momento está en un punto candente, con la retirada final de Vietnam —la pérdida, sin paliativos, de una gran guerra colonial— que no es un hecho único, sino una coincidencia con otra serie de acontecimientos. La historia imperial de los Estados Unidos en la Europa contemporánea tiene un punto inicial visible (aparte de la penetración económica a raíz de la primera guerra mundial) en la doctrina Truman que inició en Grecia la construcción de una serie de fortalezas exteriores que la defendían de un peligro hipotético —el de la URSS—, que posteriormente se fue convirtiendo en algo más real y concreto —con la fabricación de la bomba atómica soviética— hasta los momentos más ásperos y duros de la guerra fría. A partir de ese punto todos los países europeos sufrieron las contradicciones de la situación: sus políticas se vieron presionadas fuertemente para que obviaran el pensamiento de las mayorías; el sueño de libertad y de mundo nuevo que había presidido la lucha contra los fascismos quedó anegado, las economías se hicieron dependientes, los países europeos perdieron sus apoyos coloniales. Es toda esta construcción la que se está viniendo abajo. Asia se desploma enteramente, y hasta los países más fieles a la alianza con Washington están reconsiderando su política y sus políticos; el subcontinente de la América Latina —su primera gran empresa imperial en el mundo— se rebela a partir de la revolución cubana. Y en Europa han comenzado a pasar cosas. Fue Francia la primera nación que exigió y obtuvo la retirada de las bases. Se retiran ahora, por acuerdo mutuo, de Grecia. Las de Portugal han dejado de ser seguras para la Alianza Atlántica y la misma Alianza está débil; Europa intenta constituir un «tercer mundo».

La visita de Ford a Bruselas —como antes la de Nixon para considerar una nueva forma de Carta Atlántica— tiene por objeto apuntalar esta caída imperial. Ha de erguir para ello el viejo y útil fantasma de la nueva fuerza del comunismo. Ya no es exactamente la Unión Soviética la que constituye una amenaza concreta —aunque es un peligro que siempre se puede esgrimir y que en ningún momento debe dejar de ser utilizado—, sino los comunismos interiores. Por eso hay que insistir continuamente en el peligro comunista de Portugal, aunque la evidencia demuestra que el partido comunista no ha obtenido más que un 13 por 100 de los votos, y los otros grupos comunistas son inapreciables; hay que insistir en que Francia puede caer en un Frente Popular dominado por los comunistas, aunque estén claros en la coalición de la izquierda el predominio socialista y la moderación del programa común; hay que insistir en que Italia puede sufrir una revolución comunista, cuando la realidad es que está conmovida por las provocaciones fascistas y las amenazas del golpe de Estado de la extrema derecha. Al amparo de este nuevo anticomunismo se realizan nuevos atentados contra las formas de libertad política y de democracia, contra un pensamiento de izquierda, contra un pensamiento social real. Con una Euro-

pa en nueva guerra fría y en nuevas contradicciones interiores, cerrada y desconfiada, los Estados Unidos podrían seguir con una hegemonía peculiar, con un monopolio propio: el de las buenas y rentables relaciones con la URSS y con China. Si uno de estos países —un Portugal, una Grecia— pudieran conocer un estado revolucionario, nada impediría a Estados Unidos o quienes fueran sus agentes en ese momento o esa zona aplicar un tratamiento como el de Vietnam; nada les impediría, si el caso llegase, abandonar a sus aliados como en Vietnam, como en toda la península Indochina y como, muy probablemente dentro de algún tiempo, en otros países asiáticos.

Cuando la posición de Estados Unidos en esta zona estratégica es comprometida, por el abandono de las dictaduras favorables en un par de países, por la reconversión democrática de algunos otros, por la imposibilidad de que Israel mantenga el papel de agente represor en el Mediterráneo árabe, parece que la nueva estrategia de la Alianza Atlántica se fija en España. No es nada nuevo: los tratados bilaterales con los Estados Unidos, que tuvieron su punto culminante en otro viaje presidencial —la pasada rápida de Eisenhower el 22 de diciembre de 1959—, unidos a una firme vocación anticomunista y contraria a la democracia de partidos y parlamento en España dieron a este país su carácter de fortaleza en la guerra fría. Pero no entró en la Alianza Atlántica ni el Mercado Común. Varios o muchos de los países que formaban esa estructura americana de Europa, pero con visos de independencia —y con gémenes para oponerse— se oponían en razón de la necesidad de conservar su imagen y de sostener la descripción del pacto, en el que se defendían las formas de gobierno de democracia parlamentaria y de partidos, que no les parecía contenida en el régimen español. Por su parte, España nunca optó oficialmente por entrar en esa Alianza, aunque si haya deseado formar parte del Mercado Común por necesidades económicas.

Es ahora, cuando se quiebra el sistema político y militar montado entonces —y se quiebra en gran parte por la responsabilidad de los Estados Unidos al aceptar nuevas alianzas con los países comunistas, y en parte por el principio de abandono o de acción contraria realizada por los Estados Unidos en una situación de crisis económica—, cuando se piensa en España con objeto de convertirla en la última fortaleza del Mediterráneo. Antes que Ford han venido otros emisarios —como el alemán Genscher o como algún otro personaje envuelto en el velo de la visita privada— para ver las posibilidades que ofrece la situación. Claramente se habla ahora de que en la cargada agenda de trabajo de Ford en sus horas de España estará presente «la posible incorporación de España a la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), así como una revisión general de la estrategia diplomática estadounidense en el caso español», además de «los temas de la renovación de los acuerdos de cooperación entre los Estados Unidos y España» («ABC», 3 de mayo).

Es probablemente el momento menos conveniente para España de unirse a tal Alianza. Porque se está hundiendo, porque su carestía es



La visita de Ford, que vendrá acompañado de Kissinger, a España no puede sino producir una considerable inquietud en nuestro país.

elevada y porque supone siempre un riesgo de guerra, y de una guerra nuclear. Se suele argüir que precisamente en estos momentos de crisis imperial y de debilidad de la OTAN, nuestro territorio y nuestra cooperación pueden tener mayor valor y se pueden obtener mejores contrapartidas. Este tipo de cinismo político es inquietante: no se puede poner un precio a algo que está por encima de todos los precios. Hay muchos puntos todavía que apretar al metafórico cinturón de las dificultades antes que aceptar un pacto que acrecienta el riesgo de supervivencia del país.

Algunos aficionados recientes a la democracia estiman que gracias a las posibilidades de esta incorporación de última hora se podría obtener una armonización del régimen español con los otros países de la Alianza. En primer lugar, no hay que creerlo. En segundo lugar, no hay que quererlo. El régimen ha demostrado en los casi cuarenta años de su existencia que tiene las suficientes reservas de defensa como para no dejarse influir por el

exterior; no hay que creer que esta nueva situación modificará más que algunos aspectos formales. Más bien hay que creer que otros países europeos aceptarán premisas y sistemas del régimen español. Si no hay que creerlo, tampoco hay que quererlo. La política española tiene un desenvolvimiento propio, con arreglo a las fuerzas de sus clases sociales, a su basamento histórico; el pueblo español no necesita identificaciones con otros, esquemas o modelos de otros. Cómo haya de ser la evolución general que adquiera dependerá y deberá depender de sus necesidades y de sus deseos.

Por todo ello, produce una considerable inquietud la visita del presidente Ford. Que si debe ser tan bien venido como lo merece la representación que tiene de unos componentes de la vida de la gran nación, debe ser también acogido con muchas reservas por cuanto suponga la fuerza o la presión de otros componentes que están en estos momentos en un estado crítico y que no han de vacilar en utilizar a los demás como puedan.

Jacques Duclos y España

En agosto de 1974, la televisión francesa elaboró una nutrida serie de espacios con el objeto de conmemorar el treinta aniversario de la liberación de París. Entre ellos, unos «Dossiers de l'écran», en que, tras la proyección de viejos documentales sobre el levantamiento popular, una rueda de supervivientes parecía reconstruir la unión sagrada en torno a los ideales de la liberación: Rol-Tanguy, dirigente militar de la Resistencia; un ayudante, ya un tanto cascado, del general Leclerc; figuras políticas luego divergentes, como el comunista Jacques Duclos, Chaban-Delmas, el democristiano pasado por la OAS Georges Bidault, más el aditamento de un par de resistentes populares e incluso de un educado coronel alemán ayudante de Von Choltitz.

Como no podía menos de suceder, cada personaje —con la exposición del alemán, reducido un tanto a saco de los golpes— interpretó sus variaciones en torno al tema obligado de la resurrección nacional. Pronto, Chaban-Delmas descubrió el término requerido para la sacralización de unos hechos cuyos protagonistas se esforzaban en mitificar: el milagro. Y con una recurrencia cada vez mayor, esta decisión política o aquella actuación del pueblo en armas se encuadraba en el término mágico. Hasta que le llegó el turno al ayudante de Leclerc, para, en un largo parlamento, calificar de milagroso el éxito de su misión de enlace con los resistentes. Resonó entonces una voz socarrona, meridional, por el momento fuera del alcance de las cámaras: «Los